

EDITORIAL

Número 20

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

Llegar al número 20 no es un simple hito aritmético. Para una revista como *Nuestra Historia*, hecha con medios modestos, sin padrinos institucionales ni coberturas académicas complacientes, alcanzar esta cifra es un acto de resistencia cultural. En una época dominada por la producción acelerada de textos, por los indicadores burocráticos de «impacto» y por una mercantilización creciente del conocimiento, sostener durante años un proyecto editorial que combine rigor historiográfico, compromiso social e intervención cultural es un desafío al que seguimos intentando responder.

Nuestra Historia nació —y sigue viva— con una convicción sencilla y exigente: la historia no es un pasatiempo erudito ni un archivo muerto, sino una herramienta para entender el presente y disputar el futuro. La investigación histórica, hecha con método, fuentes y debate crítico, debe ir de la mano de un compromiso social, cívico y democrático. Lejos de una presunta objetividad que suele encubrir un sesgo conservador, reivindicamos una historia que no renuncie a explicar las relaciones de poder, los conflictos sociales y las luchas por la emancipación.

Esta tarea resulta hoy más urgente que nunca. Vivimos una era atravesada por la proliferación de bulos, la desinformación sistemática, la difusión de discursos anti-



científicos, el revisionismo histórico y el avance de ideologías reaccionarias, xenófobas, ultranacionalistas, machistas y autoritarias. El pasado se ha convertido en un campo de batalla central. No se trata solo de interpretarlo, sino que estamos presenciando su descarada manipulación para legitimar proyectos políticos que cuestionan derechos, libertades y conquistas sociales que han costado generaciones de luchas.

Frente a ello, la historia crítica no es una opción: es una necesidad.

El panorama del presente se presenta en tonos sombríos. Sin duda, el avance del Derecho Internacional heredero de las esperanzas surgidas después de la victoria sobre el Eje en 1945 ha sido difícil y con desoladora frecuencia sus grandes declaraciones se han quedado en papel mojado. Pero al menos parecía constituir un centro de referencia simbólico en las relaciones internacionales, que ahora es abiertamente despreciado por líderes reaccionarios como Trump. Los Estados Unidos dan una nueva vuelta de tuerca imperialista anunciando la reactivación de la doctrina Monroe, en una versión desvergonzada y declaradamente orientada al saqueo económico: violación de la soberanía venezolana, acentuación del bloqueo (impidiendo la llegada de petróleo y otros suministros básicos) para tratar de ahogar al pueblo cubano, amenazas a sus aliados europeos sobre Groenlandia... Este gansterismo de Trump anima, ampara y respalda a otros líderes como Netanyahu o Erdogan en sus prácticas genocidas sobre palestinos y kurdos, respectivamente. Más aún, con este número a punto de publicarse, EEUU e Israel han lanzado una guerra de agresión sobre Irán, con bombardeos criminales sobre civiles, y el ejército israelí ha invadido de nuevo el Líbano, bombardeando y obligando a la emigración masiva de población libanesa. Mientras tanto, continúan también las prácticas genocidas, la limpieza étnica o las violaciones sistemáticas de derechos humanos en Darfur, Irán, Birmania, Congo, Ucrania y tantos otros escenarios, en muchos casos ante la complicidad o la pasividad de las potencias internacionales.

El momento coincide además en España con dos aniversarios que atraviesan la discusión pública y la memoria colectiva, los de 1936 y 1975-1976. Dos momentos que

no son simples marcadores cronológicos, sino hitos relevantes en el sentido de nuestro presente.

1936 fue el año del Frente Popular, de la convergencia de partidos, movimientos y tradiciones democrático-liberales y obreristas frente al avance de la reacción y el fascismo, un ejemplo que se recuerda a diario -no sin frecuentes errores y mistificaciones- en los debates de la izquierda actual. Fue también el año del intento de golpe de Estado protagonizado por esos sectores reaccionarios, con el apoyo decisivo de las potencias fascistas, que ahogó en sangre el proyecto de reformas sociales, democratización y ampliación de derechos que había significado la Segunda República. Aquella sublevación provocó una desastrosa guerra civil, una guerra que terminó con vencedores y vencidos, una división que además la dictadura franquista prolongó durante cuatro décadas de revancha de los enemigos de la democracia.

Por eso resulta profundamente problemática la fórmula de que «la guerra la perdimos todos»: no la perdieron quienes impusieron una dictadura, se apropiaron del Estado para beneficiar a la clase dominante, impusieron un proyecto reaccionario suma de fascismo y clericalismo y reprimieron durante décadas a la clase trabajadora y a la oposición democrática, además de engrosar los bolsillos de toda una serie de familias, individuos y empresas directamente beneficiados de la rampante corrupción del poder franquista.

En este contexto se inscribe la reciente polémica en torno a las jornadas organizadas en Sevilla. El título elegido invisibiliza la violencia estructural del franquismo y el hecho elemental de que hubo una victoria política, social y militar del bloque reaccionario, equiparando a quienes sufrieron de manera inmisericorde la represión, la hambruna y el retroceso de derechos con quienes impusieron condenas de muerte y

salarios de miseria, sacando pingües dividendos de ello. Que entre los invitados figuren destacados representantes de la nueva ola reaccionaria, orgullosos herederos de los beneficiarios del régimen, no hace sino reforzar ese sesgo y explica la polémica nacida en las redes sociales.

Con todo, las redes resultan un espacio difícil para un debate serio y matizado. El asunto interpela a quienes defendemos una historia rigurosa y el compromiso con valores democráticos: ¿Debemos participar en espacios hostiles o mal planteados, pero que al fin y al cabo son otro escenario de la batalla cultural? ¿Es una alternativa replegarnos o quedarnos en los circuitos afines o más pulcros, sea académica o políticamente? Rechazar marcos falseados es legítimo y puede entenderse como una forma de denuncia y deslegitimación de los mismos. Al tiempo, renunciar a intervenir en foros incómodos supone dejar el terreno libre a la distorsión, esquivar el debate directo con el revisionismo ahistórico o la historiografía conservadora, desechar espacios de discusión y exposición pública que pueden ser relevantes en la creación de sentidos y relatos sobre el pasado.

Después de casi cuatro décadas, la muerte de Franco abrió otra ventana histórica. Debe recordarse, en todo caso, que la desaparición del dictador no trajo la democracia, ni siquiera abrió realmente un proceso de transición. Fue el momento en que una dictadura ya en crisis perdió su principal referente de cohesión. Desde finales de los años sesenta el régimen estaba sometido a una presión creciente: antes que nada, por la conflictividad vinculada al combate de un movimiento obrero cada vez más poderoso, sin olvidar las movilizaciones estudiantiles, las luchas vecinales, el desarrollo de reivindicaciones nacionales en Euskadi, Cataluña, Galicia... Todo ello había erosionado seriamente los

pilares del franquismo mucho antes del «hecho biológico».

Los primeros meses de 1976 resultaron por ello claves, por la oleada de huelgas sin precedentes que se desató aquellos meses, acompañada de las multiplicación de las demandas democratizadoras. Sin esa oleada de movilización social, sin el protagonismo del movimiento obrero y otros actores colectivos, no habría habido un cambio político real. La Transición no fue un regalo ni una concesión graciosa, sino el resultado de una correlación de fuerzas que obligó a la dictadura —y a quienes querían perpetuarla sin Franco, más o menos maquillada— a negociar una salida. Por eso han resultado problemáticas las celebraciones oficiales, de impacto probablemente muy limitado, con su lema de «50 años de libertad». La libertad en absoluto comenzó en 1975: se conquistó, con sacrificios, represión y renunciaciones, a lo largo de un proceso lleno de límites, contradicciones y pactos desiguales que permitieron reconquistar la democracia en España. Un sistema democrático parlamentario cuyos logros es necesario defender más que nunca, pero siendo bien conscientes de sus limitaciones (desde la monarquía heredada a la «ley mordaza», la explotación laboral, el racismo estructural y el incumplimiento del derecho a la vivienda, por poner algunos ejemplos) y de los peligros involucionistas a que nos enfrentamos.

Este número 20 de *Nuestra Historia* quiere intervenir precisamente en este terreno de memoria, interpretación y debate. Por eso presentamos un dossier, coordinado por Sofía Rodríguez Serrador y Francisco Erice, en forma de encuesta a un amplio conjunto de dieciséis especialistas de primer nivel sobre el franquismo y la transición. El objetivo ha sido contar con una mirada plural, temática y generacionalmente, en torno a preguntas fundamentales para

entender la dictadura, su crisis y su final, el lugar del movimiento obrero, los movimientos sociales o la cuestión nacional, los factores que explican cómo se desarrolló la transición, las posibilidades existentes, o las memorias, los mitos y el tratamiento educativo sobre aquellos años.

La lucha por la democracia, las luchas del movimiento obrero y la defensa de la identidad y la cultura gallega convergen en la Entrevista de este número, que llega en un momento especialmente triste, al publicarse apenas unas semanas después del fallecimiento de Xesús Alonso Montero. Desde el dolor que nos provoca su desaparición, lamentamos que no haya podido llegar a ver plasmada la entrevista, que ahora constituye un acto de homenaje de *Nuestra Historia* al más prolífico de los intelectuales gallegos. Una revista que leía habitualmente en su edición en papel, identificado con el tipo de publicación científica que, una vez más, reivindicamos en este editorial. El profesor Alonso Montero fue entrevistado por nuestro compañero José Gómez Alén en diferentes momentos de los últimos años, pues su intensa actividad impedía hacerlo de otro modo. La entrevista, que ve ahora la luz en una versión resumida, ofrece un diálogo sobre diversos aspectos de una vida que abarca casi cien años, 75 de ellos de intensa actividad intelectual, para transitar desde una infancia condicionada por el golpe de julio de 1936 y las diversas etapas de su formación hasta la universidad; el origen de las ideas motrices de su vida y actividad profesional; su adscripción al marxismo, eje de su pensamiento y siempre presente en su actividad y visión del mundo; su militancia política en la base del Partido Comunista; su carrera académica, con la presencia siempre constante de sus exalumnos y discípulos producto de su magisterio, ejercido en la Universidad y sobre todo en la Enseñanza Media; su permanente

actividad en todos los campos de la cultura gallega, como creador de la sociolingüística en Galicia; su dedicación a la defensa de la lengua gallega y al estudio y difusión de sus principales escritores, además de sus incursiones en la creación literaria o la historia, interesado siempre en el estudio de la represión franquista y la recuperación y difusión de la «memoria histórica» en Galicia. Xesús Alonso Montero es la gran figura de las letras gallegas, no solo por la diversidad de la inmensa obra que nos deja publicada y las más de 5.000 conferencias impartidas durante su larga vida, sino también por el compromiso social que mantuvo con las grandes causas de la humanidad y que ejerció desde abajo como un simple militante de base, con el marxismo como hilo conductor de su militancia política en el Partido Comunista y con una mirada en largo en todas las áreas de conocimiento cultural que frecuentó y que difundió por todos los rincones de Galicia, por España, Europa y América durante 75 años.

La memoria de la intelectualidad crítica continúa en Nuestros Clásicos, nada menos que con un texto de Manuel Tuñón de Lara, de tono didáctico, sobre la renovación de la Historia y su utilidad social, que cuenta con una cuidada introducción de Carlos Forcadell sobre la concepción de la historia en Tuñón.

El apartado de Lecturas nos trae en esta ocasión tres reseñas de gran interés. Destaca, por la ambición interpretativa de esta «nueva historia de la humanidad», la que dedica Sergio Gálvez al libro de Graeber y Wengrow, *El amanecer de todo*. A continuación, la temática del antifranquismo está presente en las reseñas de Mario Bueno sobre las memorias del guerrillero comunista Martín Centelles y de Jordi Sancho en torno a un reciente libro colectivo sobre las luchas antifranquistas obreras, universitarias, femeninas y culturales en Zaragoza.

Los aspectos centrales del número tienen continuidad en el apartado de Memoria, con tres contribuciones que exploran diferentes dimensiones de la memoria democrática. Así, Leila Tazir analiza, desde el movimiento memoria-lista hasta el 15M, las fisuras abiertas en el relato dominante de la Transición. Antonio Muñoz presenta la iniciativa europea #StolenMemory España, orientada a la identificación y restitución de bienes personales de deportados al nazismo. Finalmente, Manuel Toribio recupera la figura de Antonio Jaén, destacando su trayectoria como intelectual y republicano andaluz.

De este modo, las temáticas abordadas y las preguntas del dossier forman parte de una concepción de la historia. Significan rechazar la historia como relato tranquilizador y asumirla como campo de conflicto. Significan afirmar que la democracia no se hereda, se construye. Y que comprender cómo se construyó un avance democrático —y sus límites— es imprescindible para defenderla hoy. *Nuestra Historia* sigue apostando por esa tarea. Contra la tentación de un academicismo enclaustrado, contra la banalización del conocimiento y contra el uso reaccionario del pasado, seguimos creyendo que la historia crítica es una forma de compromiso con el presente.

10 años de nuestra historia

La Revista de Historia de la FIM

fundación de
investigaciones
marxistas



 **transform!**
europe

revistanuestrahistoria.com